
O'Brien, Patrick K. (ed.), *The Crucible of Revolutionary and Napoleonic Warfare and European Transitions to Modern Economic Growth*, Leiden y Boston, Brill, 2022, 292p. ISBN: 978-90-04-47273-0. 123€ 

Maps, Figures and Tables. Notes on Contributors. Preface. 1. Exploring connections between the Revolutionary and Napoleonic Wars, State Formation and the Growth of European Economies (*Patrick K. O'Brien*). 2. Britain's Wars with France 1793-1815 and Their contribution to the Consolidation of Its Industrial Revolution (*Patrick K. O'Brien*). 3. In the Epicentre of Storm?: The Effects of the Revolution and Warfare on the French Economy, 1789-1815 (*Loïc Charles, Guillaume Daudin y Silvia Marzagalli*). 4. War, State Growth, and Germany's Transition to Post-Malthusian Growth (*Ulrich Pfister*). 5. Revolutionary Wars and Economic Change in the New State of the Netherlands, 1795-1815 (*Marjolein 't Hart y Johan Joor*). 6. Napoleon in Italy: A Legacy of Institutional Reform? (*Mark Dincecco y Giovanni Federico*). 7. The Napoleonic Wars: A Watershed in Spanish History (*Leandro Prados de la Escosura y Carlos Santiago-Caballero*). 8. Portugal's French Wars: Cost, Loss, Missed Opportunities? 1793-1850 (*Cristina Morerira, Jaime Reis y Rita Martins de Sousa*). 9. The Long-Term Effects of the French and Napoleonic Wars on the Global Economy (*Peter M. Solar*). *Index.*

Este libro estudia el problema de si la Revolución Francesa y las Guerras Revolucionarias y napoleónicas del período 1793-1815, facilitaron o perjudicaron la transición de las economías europeas hacia el crecimiento económico moderno en el siglo XIX, así como el desarrollo del comercio ultramarino internacional. Se supone que hay una relación entre la geopolítica y las fuerzas económicas a largo plazo, de modo que, como se dice en el prefacio, las historias económicas de los países europeos están correlacionadas y marcadas, positiva o negativamente, con la influencia de aquellas guerras en cada Estado. Se trata, por lo tanto, de valorar la importancia que, para el cambio económico y político del siglo XIX, tuvieron las guerras revolucionarias y napoleónicas. Al respecto, el libro presenta una investigación colectiva y comparada, con estudios por países, que pretende responder a una meta-pregunta: qué se puede concluir, de manera razonable, sobre los costes y beneficios de ese largo período bélico en tanto susceptibles de influir en la evolución económica de los países en el siglo XIX. Se tiene en cuenta que la participación en aquellas guerras internacionales contra Francia supuso la movilización de todo tipo de recursos humanos productivos y financieros, lo que implicó un elevado coste de oportunidad. ¿Fue este coste significativo a largo plazo? ¿En qué medida la discontinuidad respecto al Antiguo Régimen, a causa de la coyuntura bélica, pudo influir en el crecimiento económico (*transitions to modern economic growth*) posterior?

Las guerras causaron un problema geopolítico al modificar, por el Tratado de Viena de 1815, el *statu quo ante bellum*: algunos países se extendieron e intensificaron el control sobre sus territorios, otros cambiaron sus límites. Se desarrollaron países más



RECENSIONES

fuertes, más centralizados y más liberales; a partir de entonces prosperaron las constituciones y mejoraron la definición de los derechos de propiedad y las instituciones que acogían las economías nacionales y regionales de Europa. Además, la cultura política se alejó de la anterior actitud de permanente enfrentamiento. Por otro lado, la hegemonía naval británica mantuvo un *sistema superior* de relaciones internacionales entre los países europeos (O'Brien). Todo esto duró un siglo, hasta 1914, y fue un período de relativa paz y estabilidad. Para muchos, el nuevo panorama pudo ser resultado de una reacción frente a los largos años de costosas guerras entre 1793 y 1815.

En 1815, cuatro potencias surgen como vencedoras: el Reino Unido, Prusia, Austria —mantuvo su poder original intacto, aunque debilitado—, y Rusia, que no se estudia en este libro. El principal vencedor fue el Reino Unido. Su economía experimentó efectos positivos y sus mercados, tanto interior como internacional, quedaron más integrados que antes de las guerras. Además, merced a haber empleado muchos más recursos contra Napoleón que otros países, el Reino Unido ejerció una completa influencia en las relaciones internacionales durante el siguiente siglo (O'Brien).

Otra economía que experimentó avances posteriores claros, a pesar de todas las invasiones y depredaciones sufridas, fue la de los países germanohablantes. Aunque es difícil establecer la relación directa con las guerras napoleónicas, hay consenso en que las guerras pudieron representar un impulso significativo para la posterior formación de una economía alemana integrada. Como señala Pfister, antes del conflicto el mundo alemán estaba muy dividido. Aunque la descentralización no es necesariamente contraria al crecimiento, si no hay otras barreras, en Alemania predominaban mercados pequeños y poco eficientes, poco capaces de transitar hacia una economía moderna. Todo cambió tras las guerras napoleónicas merced al proceso de anexiones, redistribución de fronteras, fin de privilegios antiguos, etc., que redujeron notablemente el número de entidades políticas capaces de establecerse como Estados autónomos. La creación de gobiernos constitucionales y la desaparición de antiguos privilegios fue abriendo y ensanchando los mercados. Prusia emergió como un gran poder, consolidó y aumentó conquistas anteriores e hizo alianzas con los principales Estados para defenderse del posible revanchismo de Francia.

Según Pfister, hoy se admite como plausible, que las derrotas de Prusia hasta 1806, crearon condiciones para hacer reformas políticas, económicas, militares e institucionales que modificaron el Antiguo Régimen. No solo se posibilitó la derrota de Napoleón, sino que el proceso continuó, fue acumulativo y afirmó el liderazgo de Prusia en la región. Austria, en cambio, no hizo las reformas necesarias y sus propuestas geopolíticas —reunión de los Países Bajos, adquisición de territorios en el norte de Italia— acabaron fracasando. Eso aparte, el imperio austríaco no pudo realizar la transición hacia la economía moderna por su gran diversidad, que no se vio alterada. Por contraste, el no crecimiento de Austria favoreció también una mayor influencia de Prusia.

En definitiva, como recalca Pfister, el caso de Alemania confirma la idea de que las guerras revolucionarias y napoleónicas generaron un proceso de formación de Estados y de transformación geopolítica que llegó a ser significativo según los contextos y los diversos modelos estructurales de cada zona en el siglo XIX. Por lo tanto, se puede aceptar el *sonderweg* desde el punto de vista político, aplicado a la economía: una trayectoria hacia

RECENSIONES

el crecimiento económico moderno alemán, dirigido por Prusia, que puede retrotraerse hasta el período de conflictos de 1792-1815. Al respecto, Pfister cita a Nipperdey: «En el principio fue Napoleón». En todo caso, Prusia fue el único país del área germanohablante que salió del período con la capacidad militar, fiscal y organizacional necesaria para dominar la zona e impedir futuras invasiones francesas.

De todos modos, el país que más cambios sufrió fue la propia Francia, cuya economía vio la modificación de leyes y códigos, y una redefinición de los derechos de propiedad y de los sistemas fiscales y financieros. Ciertamente, los cambios políticos y económicos de la historia de Francia están ligados a su Revolución y a las guerras napoleónicas. En todo caso, resulta discutible representar los resultados inmediatos de estos procesos como prerequisites necesarios para las reformas liberales posteriores, sobre todo si tenemos en cuenta que ya desde 1780 hubo tendencias a hacer reformas en esa línea. En su capítulo, Charles, Daudin y Marzagalli, recuerdan que los costes a corto plazo fueron muy grandes y los cambios institucionales demasiado fuertes. El período revolucionario protagonizó muchas reformas, pero no es fácil relacionarlas directamente con el crecimiento económico a largo plazo. En realidad, hubo demasiado cambio estructural, una discontinuidad, y un fuerte cambio en la incidencia social de los procesos revolucionarios: los grupos que más se beneficiaron y que demandaron productos industriales en las décadas posteriores, fueron los campesinos y las ciudades pequeñas. El crecimiento posterior a 1815 fue menos dinámico que en otros países europeos. Los autores concluyen que ni la Revolución, ni los cambios producidos por el Imperio pueden presentarse como necesarios para la transformación de Francia en una economía moderna merced a sus elevados costes.

Para el resto de la Europa continental, el período napoleónico se ve como un interludio en la historia económica marcado fuertemente por la explotación excesiva y antieconómica de recursos humanos, fiscales y financieros. Eso llevaría a un menor crecimiento a corto plazo y a logros económicos lentos en las décadas posteriores a 1815, en lugares como Holanda, Italia, España o Portugal. En Holanda, el período bélico incidió de manera muy negativa, tanto que empeoró el declive anterior. Sobre todo, sufrieron el comercio marítimo y Ámsterdam, centro indiscutible de su economía. Aunque hubo algunos aspectos positivos, 't Hart y Joor concluyen claramente que Holanda tuvo que esperar varias décadas antes de que se notaran los cambios institucionales producidos en el período revolucionario.

En Italia, Dincecco y Federico distinguen entre el caos provocado por Napoleón a corto plazo, y los beneficios de los cambios institucionales posteriores. En todo caso, señalan que el desarrollo del liberalismo y del parlamentarismo, se produjo más bien en Piamonte, desde donde se extendería, a partir de mediados del siglo XIX, al resto de los territorios italianos. Por lo tanto, el modelo liberal que favorecería el crecimiento económico italiano sería más bien de cuño saboyano, no napoleónico.

También en España, según Prados y Santiago-Caballero, es claro el desastre económico que provocó la invasión de Napoleón. Si bien había entrado en crisis antes, los seis años de guerra fueron demasiado costosos. A ello se sumaría la pérdida posterior de las provincias americanas, que puede verse como un resultado del proceso napoleónico. Las consecuencias en el corto plazo habrían sido, por lo tanto, muy negativas. Sin



Universidad
de Navarra

FAULTAD DE
FILOSOFIA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
DEL ARTE
Y GEOGRAFIA

RECENSIONES

embargo, debido a la relación entre la independencia americana y el final del Antiguo Régimen en España, los autores concluyen que la pérdida de las colonias pudo haber contribuido significativamente a la transición al liberalismo en España. En ese sentido, indican, las guerras napoleónicas habrían desatado una compleja transición institucional que sería fructífera en el largo plazo porque facilitó reformas y una consiguiente mejor asignación de recursos. En cualquier caso, concluyen los autores, el período supuso una clara línea divisoria.

El libro nos lleva a pensar que solamente para el Reino Unido y para Prusia, aunque por motivos diferentes, los procesos bélicos napoleónicos resultaron significativos para el crecimiento económico a largo plazo. En los demás lugares puede quedarnos la duda sobre la relación directa entre las guerras napoleónicas y el posterior cambio institucional. Desde luego, en 1815 se entraba en otra época, pero podemos preguntarnos si fue el Imperio napoleónico el mejor camino para entrar en ella. En unos casos, la línea liberal ya estaba insinuada, y en otros, las verdaderas reformas fueron muy posteriores a 1815. De estos trabajos se puede concluir que no hay suficientes argumentos para afirmar que, en ausencia de una revolución —y de Napoleón— que acabara con las instituciones del Antiguo Régimen, se hubiera fracasado en el paso a la modernización de la economía.

En ese sentido, O'Brien apunta que es difícil demostrar, incluso suponer, que una revolución, seguida de veinte años de guerra e imperialismo, pueda significar una precondición para que el continente experimentara una razonable y rápida convergencia con los niveles británicos de producción e ingresos *per capita*, que eran ya superiores antes. El argumento de que las instituciones políticas y económicas del Antiguo Régimen solo podrían reformarse con cambios revolucionarios, se considera por los historiadores de diferentes países un argumento ideologizado. Durante el largo período bélico, el coste de oportunidad de asignar recursos para la guerra, creció mucho en todas partes; aunque todo ello es muy difícil de precisar y cuantificar, parece claro que las economías de muchos países —España, Holanda, Portugal, Italia, también Francia—, fueron despojadas de un enorme potencial que probablemente hubiera favorecido una transición más rápida y desde luego, más humana a la economía moderna.

No obstante, recuerda O'Brien, la reciente historiografía destaca un logro económico importante salido del período bélico: que en los años posteriores se mantuvieron unas condiciones geopolíticas favorables a las buenas relaciones internacionales. En otras palabras, la paz británica de 1815 en adelante, sería beneficiosa para todos, gracias también a los beneficios de la revolución industrial británica que se fueron extendiendo a todos. Europa tuvo una memoria muy negativa de la violencia —tanto contra personas, como contra instituciones—, desatada entre 1793 y 1815; en consecuencia, desaparecieron las anteriores y frecuentes guerras mercantilistas, y se favoreció el desarrollo de Estados más fuertes y centralizados, capaces de defenderse de agresiones exteriores. También se puede decir que la aristocracia y las elites ricas reaccionaron frente a la violencia desatada, apoyando la evolución del mercantilismo hacia la diplomacia liberal y el comercio global: así evitarían posibles intentos de otro poder hegemónico.

El recuerdo de todos los problemas favoreció el mantenimiento, hasta 1914, de un orden diplomático más liberal y colaborativo de lo que había sido el mercantilismo, un mundo más global, como señala Solar. Aunque lo hicieran gradualmente, mejoraron

RECENSIONES

las condiciones para el transporte y el comercio internacionales, se redujeron los costes de navegación en varias marinas mercantes y las inversiones en poder naval tuvieron externalidades positivas en la construcción naval y en los fletes de navegación. Las ganancias del comercio y la especialización están relacionadas con el predominio marítimo del Reino Unido, pero también las guerras europeas favorecieron el desarrollo del estado fiscal-militar en Estados Unidos y de su marina mercante. Como recalca Solar, el período bélico favoreció el crecimiento del Reino Unido y de los Estados Unidos como potencias comerciales: controlaron los mercados intercontinentales y propiciaron posteriores cambios institucionales en muchos imperios, en América y en Asia —una auténtica descolonización—, en perjuicio de los poderes continentales europeos.

Este libro mantiene la impresión de que solamente dos de las actuales economías europeas emergieron en 1815 con posibilidades de mejorar su crecimiento a largo plazo, hacer una rápida transición hacia la economía moderna y así poder ejercer un papel protagonista en Europa, el Reino Unido y Alemania. Por otro lado, también inclina a pensar que, además de las transformaciones institucionales, la economía del siglo XIX se apoyó más en el comercio internacional que en la industria y que, desde luego, se abrió definitivamente a la globalización con el crecimiento de los Estados Unidos y las transformaciones en otros lugares del mundo, todo lo cual también tuvo relación con la debilidad que el largo período bélico causó a la economía de la Europa continental.

Patrick K. O'Brien es profesor emérito de Historia Económica en la London School of Economics and Political Science. Su investigación se ha centrado en los estudios sobre la evolución histórica del comercio mundial, en las tradiciones historiográficas sobre la construcción de una historia económica global, en la expansión europea ultramarina, o en el estudio de la eficiencia fiscal de los estados en Europa y Asia entre 1500 y 1914. Esto ha quedado reflejado en la publicación de un gran número de artículos, en recientes monografías como *The Economies of Imperial China and Western Europe: Debating the Great Divergence* (2020) y en la edición de obras colectivas como *The Industrial Revolution and British Society* (con Roland Quinault) (1993), *The Industrial Revolution in Europe* (1994), *Industrialisation: Critical Perspectives on the World Economy* (1998), *Urban Achievement in Early Modern Europe: Golden Ages in Antwerp, Amsterdam, and London* (2001) o *The Political Economy of British Historical Experience, 1688-1914* (con Donald Winch) (2002), entre otras.

Agustín González Enciso
Universidad de Navarra

 <https://orcid.org/0000-0003-4248-1618>



Universidad
de Navarra

FAULTAD DE
FILOSOFIA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
DEL ARTE
Y GEOGRAFIA